

poder imperial, de realzar el honor del nombre romano y de hacerse temible á los enemigos exteriores, arma una flota y se prepara á llevar la guerra al seno del imperio de los Vándalos. Pero Ricimero teme por su poder; hace dar la muerte á Mayoriano, y valido de la traicion malogra tan generosos proyectos: tres emperadores oscuros, Severo III, Antemio y Olibrio (461-472) se elevan y caen sucesivamente á la voz del Bárbaro. En fin, despues de la muerte de Ricimero (472), el patricio Orestes, sucesor de Glicerio y de Julio Nepote reviste con la púrpura á su hijo *Rómulo Augustulo*, como para cerrar la lista de los emperadores con un nombre que recuerda á la vez el del fundador de Roma y el del fundador del Imperio. Orestes comete la imprudencia de discontentar á los Bárbaros aliados de los Romanos negándoles las tierras que reclaman; sublévanse con el Hérulo Odoacro, elevado ya á los primeros grados del ejército; Orestes es asesinado, y su hijo desterrado. En adelante ya no tuvo Roma mas emperadores.

La caída del imperio de Occidente, preparada de antemano, se efectuó sin ruido ni sacudimiento. La Italia tuvo un rey en lugar de tener un emperador. Los Bárbaros se revistieron con las insignias de un poder que desde mucho tiempo poseian de hecho. Odoacro fue el primero que reynó en Italia, y el emperador de Oriente, para conservar por lo menos una supremacia nominal, le dió el título de patricio (476.)

CAPITULO II.

GODOS Y LOMBARDOS.

SUMARIO.

- § I. Teodorico derriba á Odoacro. Sus conquistas y triunfos militares.—Gobierna á los Visogodos. Su habil administracion. Tolerancia religiosa y política. Favores concedidos á los vencidos. Respeto á las costumbres romanas. Sus esfuerzos para reunir entrambos pueblos.—Diferencias que estableció entre ellos.—Proteccion concedida á las letras, á las artes y á la agricultura.—Casiodoro, digno ministro de Teodorico.—Fin del reinado de este príncipe.—Sus crueldades, su muerte.—Amalasuña y Atalarico. Teodato asesina a Amalasuña.—Belisario en Italia.—Teodato reemplazado por Vitiges.—Victorias de Belisario.—Totila.—Impotentes esfuerzos de Belisario privado de auxilios. Narses en Italia. Destruccion del imperio de los Ostrogodos.
- § II. Progresos de los Visogodos en el mediodia de la Galia y en España. Valia, Teodorico II. Eurico.—Alarico II muerto por Clodoveo. Los Visogodos confinados á España. Lucha de los Francos contra los Visogodos. Justiniano recobra una parte de la España.—Victorias de los Visogodos contra los Suevos bajo el reinado de Leovigildo. Su conversion al catolicismo. Los Griegos arrojados de la Península. Suintila rey de toda la España. Decadencia del reino de los Visogodos. Escesivo poder del clero. Discordias intestinas. Ataques de los Sarracenos.—Batalla de Jerez.—Caída de la monarquía goda.
- § III. Causas de la rápida decadencia de los monarquias fundadas por los Godos; obstáculos religiosos y políticos para la fusion de vencedores y vencidos en una sola nacion; causas de inestabilidad en el gobierno.
- § IV. Los Lombardos llamados á Italia por Narses.—Alboin. Desórdenes ocurridos en tiempo de su muerte. Reynados de Autaris, de Agidolfo y Teodelino, y de Rotaris. Nuevas discensiones intestinas. Luitprando. Ultimos progresos del poder lombardo. Lucha contra los Francos. Caída del reino de los Lombardos.

§ I HISTORIA DE LOS OSTROGODOS EN ITALIA.—TEODORICO. CASIODORO.

Era mas facil conquistar la Italia que conservarla. Apenas empezaba el Hérulo á afirmar su naciente domina-

ción aliándose con los Visogodos y los Vándalos, cuando vió levantarse contra sí un terrible competidor. Los Ostrogodos encerrados en un rincón de la Iliria y cansados de una insólita ociosidad, se removían al otro lado de los Alpes y no aguardaban más que un jefe para lanzarse á la guerra y al pillage. El emperador Zenon les envió al jóven *Teodorico*, descendiente de su propio rey, á quien habia educado en Constantinopla, adoptado por hijo de armas y elevado á las primeras dignidades del imperio. Delegó sus derechos imperiales sobre la Italia, y le encargó la arrancase del poder de los Hérulos (488): confiaba que de esta suerte los Bárbaros se destruirían unos á otros, y vencería al enemigo con las armas del jóven guerrero.

Teodorico partió revestido de un velo sagrado, signo de su investidura; pero no habia de ser por mucho tiempo el dócil instrumento del débil emperador de Oriente. Toda la nacion de los Ostrogodos marchaba á sus órdenes; atravesó rápidamente los Alpes Julianos (489), y derrotó cuatro veces á las tropas de Odoacro, quien solo pudo defenderse detras de los muros de Ravena. Después de dos años de sitio, cansados igualmente Godos y Hérulos de la guerra, firmaron un tratado que dejaba la mitad del mando á Odoacro. Teodorico le dejó atravesado de heridas en un festin y reinó solo (493).

Teodorico que era tan valiente como un jefe de Bárbaros y tan hábil como un discípulo de los Griegos, poseia todas las cualidades que constituyen un gran rey; conocimientos militares para conquistar y estudios políticos para organizar las conquistas. Sometida la Italia, fortificó todas sus avenidas; ocupó la Iliria, la Retia, la Pannonia y la Nòrica, para cerrar todos los pasos á los hijos del norte. Confinó los restos de la nacion de los Hérulos al pié de las montañas para servir de parapetos á la Italia, mantúvolos dependientes de muchos gefes godos, acampados en la cordillera de los Alpes; creó una flota de mil naves ligeras que protegió el litoral del adriático molestado continuamente por los piratas griegos. Infunde serios temores al emperador de Oriente al cual todavia contempla por cálculo, á las naciones de Occidente cuya invasion detiene, el Godo se vanagloria de ser el protector de todos los pueblos de su raza, y si no puede salvar á su

yerno, Alarico II, rey de los Visogodos, derrota al menos el ejército victorioso de Clodoveo, se establece en el mediodia de la Galia y se declara tutor de su nieto *Amalarico*, sucesor de Alarico (514). Apodérase del gobierno de España como de la Italia, elige los magistrados, dirige la administracion y arregla los negocios del Estado; constituyese soberano de todas las tribus godas, mientras que los gefes de los Vándalos, de los Borgoñones y de los Turingios se enlazan con su familia ó solicitan su amistad.

Manifestábase digno de tan alto poder por la sabiduria de su administracion en Italia. El mundo vió con admiracion á un conquistador bárbaro, solícito en borrar las huellas de las pasadas invasiones y en hacer reinar en sus nuevos estados la concordia, la prosperidad y la civilizacion. Aunque arriano, respeta sin embargo los privilegios del clero, protege la religion católica que profesan los Romanos, y permite la pública celebracion de sus fiestas: «Ningun imperio tenemos sobre la religion, dice, porque no se pueden forzar las creencias.» Tan tolerante en política como en religion, coloca, al menos aparentemente, en el mismo rango los vencidos que los vencedores; parece que solo procura formar de ellos una sola nacion; «quiere que los Godos aprecien á los Romanos como vecinos y hermanos suyos, y que los Romanos estimen á los Godos como sus defensores.» Mientras que en las otras comarcas el pueblo conquistador conserva una legislacion enteramente privilegiada, en Italia una ley rige á los Godos y á los Romanos, y es la misma ley romana apenas modificada. Los impuestos pesan con igualdad sobre unos como sobre otros. El antiguo sistema de administracion queda en pié casi sin variacion. El senado es realzado con honores; la magistratura y las dignidades civiles recobran su esplendor y quedan confiadas en gran parte á los Romanos. El secretario, el ministro de Teodorico, es el italiano Casiodoro cuyos talentos empleara ya Odoacro; Casiodoro que con sus luces, su actividad y discrecion secunda dignamente el genio de su nuevo señor, y debe recojer una parte de la gloria de este ilustré reinado.

La corte de Teodorico se convierte enteramente en corte romana; viste los ornamentos imperiales, y los romanos olvidan su esclavitud cuando ven á Teodorico entrar

en Roma con la pompa de un triunfador romano, y vuelven á hallar las distribuciones del foro y los juegos del circo.

Para recompensar á sus soldados, Teodorico les distribuye tierras, pero son las que de mucho tiempo antes habia quitado Odoacro á sus dueños; y al mismo tiempo impone penas rigorosas contra cualquier godo que usurpare la herencia de su vecino ó le quite sus frutos ó sus ganados. Una severa policia mantiene la buena armonia entre los antiguos habitantes y sus nuevos huéspedes.

Al lado de tantas concesiones para conciliarse el afecto y la obediencia de los vencidos, la politica del bárbaro deja subsistir no obstante entre los dos pueblos una diferencia profunda, aunque hábilmente disimulada. El cuidado de la defensa y de la guerra está confiado exclusivamente al pueblo vencedor. Solo el godo puede ceñir espada; ejercitase en los gimnasios al servicio militar; las letras y las artes no son hechas para esa raza belicosa que tal vez ablandarian. El Romano no puede llevar armas; pero tiene abiertas las escuelas, las academias y las bibliotecas, cerradas para los Godos, y Teodorico favorece con todo su poder el desarrollo de las artes pacíficas que dan brillo á su reino asegurando la tranquilidad de su dominacion. Los monumentos antiguos son por todas partes restaurados con celo sino con talento. Casiodoro, nuevo Mecenas, llama á la corte á todos los sabios ilustres, á *Simmaco*, á *Enodio*, al historiador, *Jornandes* y al filósofo *Boecio*.

Despléganse al mismo tiempo la industria y la agricultura, y por primera vez comienza la Italia á alimentarse á sí propia. Solo el comercio se halla desatendido por una nacion habituada demasiado tiempo á no mantener otras relaciones con sus vecinos que las de la rapiña y del pillage.

Por desgracia el final del reinado de Teodorico hizo presagiar el término de este brillante período. Fatigado tal vez de los cuidados del gobierno ó inquieto del porvenir de un imperio fundado tan laboriosamente, se volvió suspicaz y cruel. Hizo aberrojar al papa Juan, que no habia querido intervenir á favor de los arrianos perseguidos en Oriente: castigó una supuesta conspiracion haciendo morir entre tormentos á *Boecio* y *Simmaco* su sue-

gro. Mas perseguido el mismo por la imágen sangrienta de sus víctimas, murió entregado á horribles remordimientos (526).

Después de Teodorico las dos monarquías godas se separaron segunda vez, y la de los Ostrogodos cayó luego en decadencia. En vano Amalasunta, digna hija de tan ilustre padre, gobernó con firmeza y prudencia durante la minoria de su hijo Atalarico; en vano Casiodoro unió sus esfuerzos á los de la reina para salvar la obra de Teodorico; el carácter independiente de los Godos se irritaba contra la organizacion romana, que solo Teodorico habia tenido suficiente vigor para imponerles; estos reclamaban el cuidado de educar á Atalarico en las costumbres de sus antepasados. Amalasunta creyó hallar un apoyo contra su insubordinacion casándose con su primo *Teodato* (534). Este pérfido asesinó á su esposa luego que la muerte de Atalarico hubo dejado el trono vacante, pero no gozó mucho tiempo del fruto de su crimen. El emperador de Oriente, *Justiniano*, se aprovechó de esta coyuntura para arrebatarse la Italia y Roma á los Bárbaros, declaróse vengador de la hija de Teodorico. Su general, el famoso *Belisario*, no hizo mas que presentarse para apoderarse de la Sicilia y de la mayor parte de la Italia. Pero *Vitiges*, elegido en lugar de Teodato (536), cuya cobardia indignaba á sus súbditos, opuso á los Griegos mas seria resistencia. Recobró á Milan (538), en donde fueron muertos trescientos mil hombres, y atacó á Roma, de la cual acababa de apoderarse *Belisario*. La ciudad se salvó á fuerza de prodigios de valor y habilidad después de un sitio de catorce meses. Pero desde entonces *Belisario* recobró la superioridad. Los Francos, que llamados por los dos partidos, habian venido á atacar á un tiempo á los Romanos y á los Godos, fueron arrojados por el hambre; y luego *Vitiges*, hecho prisionero en Ravena, fué conducido á Constantinopla para adornar el triunfo del vencedor.

Apenas se habia alejado *Belisario* se levantaron de nuevo los Godos bajo la direccion de *Totila* (541), quien venció á los Griegos en Faenza, y poco tardó en apoderarse de toda la península. El héroe del imperio fue enviado nuevamente á Italia; pero la envidia de los cortesanos le rehusó los socorros mas indispensables. Vió á

Totila apoderarse de Roma á su presencia, y solo por sorpresa pudo volver á entrar en el desolado recinto de la gran ciudad. Consternado de su impotencia, pidió su retiro, y dieron el mando al eunuco *Narses*, quien desembarcó en Italia conduciendo un ejército compuesto de una multitud de Bárbaros á sueldo del imperio. Totila fué muerto en la batalla de *Lentagio* en la que se decidió del esito de la guerra y de la suerte de la Italia. (552) Por espacio de un año los Ostrogodos bajo las órdenes de *Teyas* y despues de *Aligerno*, intentaron sostener la lucha llamando nuevamente en su auxilio á los Francos. Otra derrota obligó á los restos de la nacion goda á abandonar la Italia, que volvió á contarse en el número de las provincias del imperio.

Los Francos que habian llegado demasiado tarde mandados por *Leutaris* y *Bucelin*, murieron ó tocados de la peste ó al filo de las espadas de *Narses*, despues de haber saqueado la península (554).

§ II.—HISTORIA DE LOS VISOGODOS EN FRANCIA Y EN ESPAÑA.

En el momento mismo en que se desplomaba en Italia el imperio de los Ostrogodos, el de los Visogodos en España estaba en el apogeo de su grandeza; de la cual, sin embargo habia de decaer rápidamente. Establecidos en el norte de España y en el mediodia de la Galia por *Va- lia* bajo el reinado de *Honorio*, no se contuvieron mucho tiempo en sus primeros límites. Bajo el reinado de *Teodorico II* (453-467), los Visogodos tomaron á *Narbona* y empeñaron la lucha con los *Suevos* á la otra parte de los *Pirineos*. *Eurico* (467-484), que fue el primero que dió leyes escritas á su pueblo, se apoderó de toda la España romana, y no dejó á los *Suevos* mas que un rincon de la *Galicia*. Al mismo tiempo ensanchaba sus fronteras hácia el centro de la *Galia*. Cuando ocurrió la caída del imperio de Occidente, los dominios de *Eurico* alcanzaban las márgenes del *Loira*. Pero la derrota de *Vouillé*, que costó la vida al rey *Alarico II*, quitó toda la *Aquitania* á los Visogodos, que únicamente conservaron en la *Galia* la provincia de *Septimania*.

Restablecióse la dominacion de los Visogodos en el mediodia de la Francia cuando los dos reinos Godos queda-

ron reunidos bajo la supremacia del gran *Teodorico*; pero los Francos á quienes habia humillado, pasaron á su vez los *Pirineos* en el reinado de *Amalarico*, para castigar á este rey arriano del mal trato que daba á su esposa católica. Despues de *Amalarico* (534) empezó la decadencia; el cetro fue declarado electivo, que fue abrir un manantial de desórdenes y guerras civiles. Tres principes perecieron sucesivamente de muerte violenta. Los Francos se aprovecharon de estos desórdenes para saquear las provincias septentrionales de España, y los Visogodos se vieron obligados á soportar los auxilios que *Justiniano* ofrecia á uno de los competidores al trono de España para tener ocasion de intervenir en los asuntos de este pais. Toda la parte oriental y meridional cayó en poder de los Griegos despues de una sangrienta lucha. Pero estas posesiones lejanas no podian permanecer sometidas mucho tiempo al débil cetro de los emperadores. *Leovigildo* (569-586), vencedor de sus rivales, desposeyó de *Córdova* á los Griegos, y en la reñida batalla de *Braga*, obligó á la nacion de los *Suevos* á reconocer sus leyes (585). La España casi entera fue á reunirse bajo un solo dominio.

Hasta entonces los Visogodos habian sido hereges, como la mayor parte de los bárbaros; *Reccaredo* (586-601), hijo de *Leovigildo*, se convirtió á la verdadera fé, hizo condenar el arrianismo en el concilio de *Toledo*, y mereció de este modo el renombre de Católico. Este príncipe habia emprendido de nuevo las antiguas luchas contra los Francos; su sucesor dirigió todos sus esfuerzos contra los Griegos y les persiguió con encarnizado furor, estrechando diariamente sus dominios en la costa oriental. En fin, merced á las guerras que ocupaban en Asia las armas de *Heraclio*, *Suintila* arrojó definitivamente de la península á los Griegos (624); y fue el primer rey que gobernó toda la España.

El reino de los Visogodos queda subsistente cerca de un siglo en medio de discordias intestinas. Los grandes se disputan la corona, y en cada eleccion se renuevan los desórdenes. El clero, estable y poderoso de suyo, adquiere un ascendiente inmenso y domina el poder real. Rigores excesivos contra los judíos y los hereges manifiestan un celo mas ardiente que ilustrado y aumentan los desórde-

nes del estado (1). Al mismo tiempo amenaza á la España un nuevo peligro. Los Arabes (V. cap. VII), dueños del Africa septentrional, empujan sus temibles batallones contra las comarcas europeas. En vano la flota del rey Egiza (696) dispersa sus naves: muy pronto el conde Julian, defensor del nieto de Egiza contra el usurpador Rodrigo, llamará por sí mismo á los ejércitos musulmanes, y la batalla de Jerez derribará á un tiempo el trono de Rodrigo y la monarquía de los Visogodos (710).

§ III.—CAUSAS DE LA RÁPIDA CAIDA DE LOS REINOS FUNDADOS POR LOS GODOS.

Al lado del reino de los Francos habian surgido dos estados fundados por un pueblo mucho mas pujante y numeroso, el uno con mayor esplendor sin duda, el otro se levanta sobre un territorio mas rico y mas estenso. Sin embargo el reino de Francia subsistió sin interrupcion hasta nuestros dias, y los de los Godos quedaron destruidos á los tres siglos escasos de su nacimiento; los demás estados fundados por los bárbaros en la misma época habian desaparecido ó iban á desaparecer muy pronto. Esto consiste en que el primero habia tenido desde su origen una garantía de duracion y estabilidad de que carecian todos los demás.

Los bárbaros establecidos en la comarca que habian invadido, eran necesariamente en corto número con relacion á los antiguos habitantes del pais. Para consolidar su dominacion, era necesario esclavizar ó incorporarse á los vencidos; y este último partido era el único posible en la mayor parte del tiempo. A esto aspiraron los mas ilustrados de entre los reyes bárbaros, al amalgamar vencedores y vencidos, multiplicando sus mutuas relaciones y haciendo comunes sus intereses. Pero si los hábitos, las costumbres y hasta las leyes pueden aproximarse y unirse, hay ciertas diferencias que no borra el tiempo; y consisten en las diferencias de religion. Asi es que los Fran-

(1) Léanse con cierta desconfianza las opiniones que muestra el actor en lo relativo á la historia de España. (Nota del T.)

cos, católicos desde su entrada en la Galia, se unieron con los Galo-Romanos con el lazo mas fuerte de todos: los Godos, hereges á su arribo en el imperio, se hallaron separados de los Italianos y Españoles sometidos, por una barrera insuperable.

De este modo se explica el menguado écsito de los esfuerzos del gran Teodorico.

Este príncipe habia querido, combinando dos sistemas opuestos, confundir dos naciones, conservando á sus Godos una verdadera preponderancia. Pero su excesiva tolerancia no pudo alcanzar lo que alcanzó la conversion de Clodoveo. Al recibir este rey el bautismo de manos de un prelado católico, habia adquirido para su naciente reino el apoyo y el concurso del clero, tan poderoso entonces en la Galia. Los obispos fueron los que cansados de la dominacion de los Visogodos arrianos, afirmaron el poder de los Francos en el mediodia del Loira. En Italia pudieron adherirse los obispos pasageramente á la persona de Teodorico, pero jamás se consagraron á los intereses de una dinastía, ni de un imperio heréticos. El romano católico hubiera tenido por profanacion, aliarse con el Godo arriano. La diferencia de religiones imposibilitaba los matrimonios, y solo la mezcla de las familias hubiera podido acarrear la mezcla de los pueblos.

El deseo de mantener la supremacia de la raza goda fue otro de los obstáculos, que contrariaron y anularon todas las medidas que Teodorico puso en planta para establecer la unidad en sus estados. La separacion de los jóvenes, en diferentes gimnasios en donde se educaban para un genero de vida totalmente distinto, la humillante distincion que privaba del derecho de llevar armas á un pueblo dueño en otro tiempo del mundo, la abstraccion forzosa á los Godos de toda ocupacion pacífica, única que hubiera podido suavizar sus costumbres, todo esto recordaba sin cesar á los unos que tenian en su mano los derechos de la victoria, á los otros que era necesario sufrir la ley del mas fuerte. Y el pueblo vencido era aquel pueblo romano henchido siempre de los recuerdos de su antigua grandeza, y cuyo orgullo nacional, que habia sobrevivido á su poder, se vengaba de su abatimiento con el menosprecio hácia sus dominadores. El admirable carácter de Teodo-

rico pudo compensar por algun tiempo los defectos de sus instituciones, y su política, pudo calmar al principio las antipatías nacionales; pero á su muerte las dos razas hallaron otra vez como antes de él su mutua antipatía, como extranjeras y enemigas.

La incertidumbre acerca del modo de suceder en el trono; los hábitos independientes de los guerreros bárbaros, y los desórdenes que esas causas acarrearón al estado, aumentaron también la inestabilidad de las monarquías godas. En España, la conversión de los conquistadores á la fé católica llegó demasiado tarde para reparar los males ocasionados por causas remotas. Cuando empezaba la decadencia, no era ya tiempo de plantear una organizacion general ni de crear una nacion nueva.

Por otra parte, no era tampoco en la raza española, tan impaciente siempre al yugo extranjero, en la que el poder de los Godos podía buscar un apoyo. Ni hubieran podido venirle del exterior los auxilios; pues al paso que los Francos, en corto número al principio, pero vecinos á la Germania, reclutaban incesantemente sus tropas en las comarcas que todavía habitaban sus hermanos; los Visogodos y los Ostrogodos, empero separados por inmensos intervalos de los países que habian sido su cuna, hallábanse aislados para siempre en una tierra en donde no podían arraigarse. Tarde ó temprano debían sucumbir á los esfuerzos de los ataques estraños.

§ IV.—HISTORIA DE LOS LOMBARDOS EN ITALIA, HASTA LA CONQUISTA DEL REINO DE LOS LOMBARDOS POR CARLOMAGNO.

Mucho tiempo habia de transcurrir antes que la dominacion del imperio de Oriente reemplázase en Italia á la de los Ostrogodos. Sometido que hubo Narses toda la península, la gobernó por espacio de quince años bajo el título de *exarca*; pero sus exacciones le concitaron el odio de los Romanos. Las quejas de los senadores, lograron que Narses fuese separado del mando por el emperador Justino, y hasta insultado en su desgracia por la emperatriz Sofía. Estos ultrages eran demasiado sensibles: Narses por vengarse de ellos, llamó á los Lombardos á Italia.

Esta nacion bárbara era oriunda de las márgenes del

Elba y del Oder. Su jefe el valiente y salvaje *Aboin*, aliado de los Avaros, habia sometido á los Gépidos, á cuyo rey dió la muerte con su propia mano, y se habia apoderado de la comarca ocupada en otro tiempo por los Ostrogodos. Toda la nacion lombarda, hombres, mugeres y niños, acompañada de veinte mil Sajones se presentó en las llanuras de la Italia. General espanto causó la presencia de esos guerreros que cubiertos de pieles de animales, combatian sin dar cuartel y hacian servir de copas á los cráneos de sus enemigos. La gente huyó de todas partes: las lagunas de Venecia recibieron nuevos habitantes, y la mayor parte de las ciudades que Narses ya no defendia, se vieron obligadas á franquear sus puertas á los Lombardos, quienes en Milan proclamaron á su jefe por rey de Italia (568). Dueño Alboin de Pavia al cabo de tres años de sitio la declaró capital de sus conquistas, y fundó el reino de los Lombardos. Todo el pais conquistado quedó dividido en ducados destinados á los principales compañeros de Alboin. A los Griegos les tocó Ravena con el territorio inmediato, la cual continuó en llevar el nombre de exarcato y pudo librarse todavía por espacio de doscientos años del dominio de los Lombardos.

La nueva monarquia recibió alteraciones por la muerte sangrienta de Alboin, víctima de la venganza de su propia esposa Rosamunda, hija del rey de los Gépidos, á la cual habia obligado á beber en el cráneo de su padre. Los duques Lombardos se dividieron el poder despues de la muerte de *Clevis* (574-576), asesinado al cabo de diez y ocho meses, y por diez años estuvo agitada la Italia á causa de sus disenciones.

En fin cansados del desorden y de la anarquía, atemorizados por la alianza de Mauricio, emperador de Oriente, y Childérico II, rey de Austrasia, restituyeron el cetro á *Autaris*, hijo de Clevis, cediéndole para subvenir á los gastos del estado, la mitad de sus propios dominios (585). Entonces comenzó el brillante periodo del reino de los Lombardos. Autaris conduce su victorioso ejército hasta las estremidades de la Italia y metiendo su caballo en las olas, esclama, «He aquí el límite del imperio de los Lombardos!» Su viuda, la virtuosa *Teodolinda*, da su mano al duque *Agulfó*, á quien los Lombardos se apresuran á colocar en el trono (590-615). La reina uniendo sus esfuer-

zos á los del papa S. Gregorio, suaviza las costumbres de sus súbditos, propagando entre ellos la fé católica, mientras que Agidulfo defiende victoriosamente su trono contra los duques rebeldes y contra los Griegos unidos con los Avaros y con los Francos por devastar la Lombardia. *Rotaris* (636-652) otorga á sus súbditos un código de leyes regulares, solemnemente aprobado por la nacion en la dieta de Pavia, y al mismo tiempo estrecha á los Griegos, los cuales cesan en sus ataques casi por todo un siglo.

Pero las discordias intestinas van preparando la ruina de la monarquía lombarda. El respeto de la nacion hacia la posteridad de la gran reina Teodelinda, no puede triunfar del principio electivo, que mantiene viva la ambicion de los principales duques. El rey *Pertárito*, es arrojado del trono por el duque de Benevento *Grimoaldo* (662-674), mas recobra la corona despues de la muerte de su rival, y luego los descendientes de *Pertárito* se derriban y deguellan unos á otros. La Lombardia recobró por un instante su grandeza y prosperidad, cuando llamó al trono al Bávoro *Luitprando* (744), al reformador de las leyes lombardas, al aliado de Carlos Martel, al vencedor de los Sarracenos establecidos en la Provenza, y al conquistador de la mayor parte del exarcato, quien se hizo temible á toda la Italia, y de cuyos embates el papa Gregorio II pudo salvar difícilmente la independencia de la ciudad de Roma. La Lombardia alcanzó su mayor pujanza territorial bajo el cetro de *Astolfo*, que se apoderó definitivamente de Ravena (752). Pero *Astolfo* iba á encontrar bajo los muros de Roma al rey de los Francos *Pepino el Corto*, protector de la Santa-Sede, y á dejar á su sucesor *Deuderio* un trono que bamboleaba ya é iba á ser bien pronto derribado por las invencibles armas de Carlomagno (774).

CAPITULO III.

ANGLO-SAJONES.

SUMARIO.

- § I.—La Bretaña abandonada por Honorio.—Desórdenes interiores.—Invasion de los Caledonios: los Bretones llaman á su socorro á los Sajones. Los Sajones se establecen en Bretaña. Lucha contra los Bretones: fundacion de cuatro reinos Sajones. Invasion de los Anglos que fundan tres reinos en Bretaña.—Heptarquía.—Opresion de los vencidos.—Predicaciones del monge S. Agustin.—Division entre los estados de la Heptarquía; son sometidos por Egberto el grande, rey de Wessex.
- § II.—Invasiones de los Daneses favorecidas por las discordias interiores.—Principios del reinado de Alfredo el Grande. Sus reveses. Su constancia. Sus victorias. Gobierno discreto y hábil de Alfredo. Sus esfuerzos para civilizar la Inglaterra. Instituciones y leyes que se le atribuyen. Sucesores de Alfredo. Lucha contra los Escoceses. Desarrollo del poder inglés. Nuevas invasiones danesas.—Imposicion á los ingleses del Danegeld. El Danés Suenon se apodera de la Inglaterra. Reinado de Canuto el Grande. Division de su herencia. La antigua raza sajona vuelve á ascender al trono.—Influencia de los Normandos en el reinado de Eduardo el Confesor. Prepárase la conquista.

§ I.—ESTABLECIMIENTO DE LOS ANGLO-SAJONES EN LA GRAN BRETAÑA.—HEPTARQUÍA.

La Bretaña estaba demasiado distante de Roma para que los emperadores pudiesen lisonjearse de conservarla mucho tiempo. Desde que comenzó la invasion de los bárbaros fue preciso que preponderase á la vigilancia de las fronteras lejanas, la defensa del corazon del imperio. Por esto en tiempo de Honorio fueron retiradas de la Gran Bretaña todas las legiones romanas, á pesar de los ruegos de los Bretones, espuestos incesantemente á los ataques de los Pictos ó Caledonios. Esos pueblos condenados á la dependencia, substituyeron una organizacion imperfecta á la organizacion romana; y levantaron tropas nacionales para reemplazar á las legiones. Pero degenerados los Bretones despues de su larga servidumbre, eran ya in-

capaces de gobernarse y defenderse por si mismos. En vez de reunirse para la comun defensa, los gefes no supieron hacer otra cosa mas que destrozarse unos á otros para arancarse el poder soberano. En medio de sus discordias, sus infatigables vecinos redoblaban los ataques. Las continuas devastaciones causadas por los Caledonios y los piratas Sajones infundieron el desaliento y la desesperacion en todos los ánimos; abandonados los campos se convirtieron en eriales; el hambre y luego la peste desolaron la isla entera. En tal conflicto hicieron llegar sus gemidos al general Aécio que mandaba en la Galia; pero Aécio no podia dividir sus fuerzas. Los Bretones tomaron entonces el desastroso partido de interesar á sus mismos enemigos en su defensa, y llamaron á su socorro á los Sajones (448), ofreciéndoles la isilla de Tanet. Apenas desembarcados los piratas, reclamaron dominios mas vastos por precio de su alianza, y los Bretones se arrepintieron de haber introducido entre ellos á esos peligrosos ausiliarios. Se negaron á cumplir sus empeños, y estalló la guerra entre el *dragon blanco* de los piratas y el *dragon rojo* de los Bretones. Pero el valiente *Wortigerno*, *penteyrn* ó gefe superior de los Bretones, y su hijo *Wortimer* sostuvieron sin cesito una lucha abierta por la perfidia contra sus feroces y aguerridos enemigos, cuyo número aumentaban sin cesar los compatriotas. El gefe de los Sajones *Hengilso*, vencedor de los Escoceses y de los Bretones, tomó en 455 el título de rey de Kent. La invasion sajona continuó por espacio de setenta años; los Bretones divididos entre sí fueron constantemente derrotados, así como los habitantes de Escocia, sus antiguos enemigos, y fueron poco á poco confinados hácia sus montañas de Gales y de Cornualles. Muchos fueron á establecerse en la península occidental de la Galia, la Armórica, á donde llevaron su nombre (Bretaña), sus costumbres é idioma. Durante este tiempo muchos gefes sajones se establecieron en los paises abandonados por los vencidos; fundaron sucesivamente los reinos de Sussex (421), de Wessex (516) y de Essex (526). Habia terminado la primera faz de la invasion; pero luego apareció un nuevo pueblo mas salvaje y mas érnel que los mismos Sajones, que fué á ocupar las provincias septentrionales que habian quedado en poder de los Bretones. *Edda* gefe de los Anglos, sa-

lido del Quersoneso cimbrico, desembarcó con todo su pueblo en el norte de la Bretaña. Estableciose en él despues de haber merecido por sus horrorosas devastaciones, el sobrenombre de *Tea incendiaria*, y fundó el reino de Northumberland en 547. Un destacamento de su tribu erigió algunos años despues, el de Este Anglia (574). En fin, en 584 fundaron los Anglos otro reino bajo el nombre de Mercia.

De este modo llegó á constituirse la Heptarquía (siete gobiernos) anglo-sajona. El interés comun reunió al principio las dos razas; la poblacion victoriosa se puso completamente acorde para sugetar la Bretaña y oprimir á los vencidos. Los indigenas disminuyeron rápidamente bajo el peso de una horrorosa tirania, y la sangrienta religion de Odin, reemplazó á la religion cristiana. Pero el celo de los misioneros enviados por la Santa-Sede y guiados por el monge Agustin, habia de volver á levantar luego en el reinado de Eitelberto los altares de Jesucristo y ejercer una influencia de paz y concordia sobre aquellos feroces conquistadores (V. cap. VI).

La Heptarquía tenia un consejo general, *Wittenagemot* (consejo de los sabios), el cual bajo la direccion de un gefe supremo, el *Bretwalda*, entendia de los asuntos de interés comun. Esta institucion parece que no ejerció grande influencia, y á pesar de su accion conciliadora, los diferentes pueblos tardaron poco en dividirse. La guerra destruyó pronto el equilibrio entre los siete reinos, y los de Wessex, de Mercia y de Northumberland dominaban á los estados vecinos convertidos en tributarios, cuando apareció (800) *Egberto el Grande*, rey de Wessex, que reunió todos los reinos bajo su cetro, y fundó en Inglaterra una verdadera monarquía.

§ II.—GUERRAS CIVILES.—INVASIONES DANESAS.—REINO DE INGLATERRA HASTA LA BATALLA DE HASTINGS.

Esta monarquía hija de una invasion, iba á fenecer por otra invasion. De algunos años antes los reyes marinos de la Dania (V. cap. X, § 1), desolaban las costas de Inglaterra. Sus incursiones menudearon y fueron mas temibles despues de la muerte de Egberto. Cuando era mas necesaria la union para rechazar á los estrangeros, *Etel-*

wolf repartió el reino entre sus hijos. Las divisiones de los príncipes favorecieron los progresos de los Daneses, ayudados por los Galos y Escoceses, enemigos de la raza Anglo-Sajona. En su primer ataque, el famoso pirata Lodbrock fue hecho prisionero y pereció entre vivoras en un horroroso calabozo; pero su canto de muerte fue repetido en todas las costas de Escandinavia. Sus hijos cayeron contra el norte de Inglaterra, degollaron á los habitantes y se repartieron las tierras. Sin embargo no habia llegado todavía la hora de su triunfo; un héroe les arancó su presa. El mas jóven de los hijos de Etelwolf, *Alfredo*, criado en Roma á la vista del papa Leon IV, regresó para vengar la muerte de su hermano, sacrificado por los Daneses, y para libertar á su país (871).

Adquirió Alfredo sus brillantes disposiciones en la dura escuela de la adversidad. En vano pugnó por siete años consecutivos y con valor infatigable contra la suerte adversa. Las olas del mar conducian sin cesar á las costas de Inglaterra nuevos enemigos. Los Sajones mismos llegaron á fatigarse de una lucha sin esperanzas: «Todos se sometieron, escepto Alfredo.» El rey de Mercia acababa de refugiarse en Roma disfrazado de peregrino; Alfredo no quiso abandonar su reino; anduvo ocultandose entre bosques y pantanos, reducido á servir á un pastor, esperando llegasen mejores tiempos. Algunos amigos reunidos poco á poco á su alrededor formaron una partida á la que aguerrió atacando los destacamentos enemigos. Luego levantó públicamente su estandarte y se le reunieron una multitud de sajones en los confines del bosque de Selwood. Introdújose en guisa de tañedor de arpa en el campo de los Daneses, y testigo del desórden que reinaba entre ellos, les acometió de improviso y les derrotó (878). Su gefe Gothrum, sentó paces con la Mercia y abrazó el cristianismo. Algunos años despues, otro rey de la mar, Hastings, unido con los Daneses del Northumberland, sembró el espanto en los estados de Alfredo. Pero el héroe encerró á los piratas en su propio campo, apresó á la muger é hijos del gefe, y no devolvió los prisioneros sino con la condicion de que los Daneses salieran inmediatamente de Inglaterra. Desde aquel punto ningun incidente turbó la paz del reinado de Alfredo.

Este príncipe descoló sobre todos los monarcas de la

antigua Inglaterra. Digno émulo de Carlomagno, combatia por la independencia de su país al mismo tiempo que se dedicaba á propagar la civilizacion en el seno de un pueblo hábraro. Desde su niñez habia mostrado propension extraordinaria para el estudio. Un dia la reina, esposa de Etelwolf, ofreció un hermoso volumen de poesias anglo-sajonas, al primero de sus hijos que supiese leerlo; poco tiempo despues Alfredo, aunque el mas jóven de todos, recitó el libro entero. Cuando rey, condoliase al ver «que pocas personas de las que habitaban en las márgenes del Humber, y mucho menos los ribereños del Támesis, acertaban á entender las oraciones en latin.» Llamó á los sabios á su corte, y á los treinta y ocho años de edad se dedicó al estudio de la lengua latina, vertiendo de este idioma á Beda, Orocio y Boecio, abrió escuelas, en que admitió principalmente á los jóvenes destinados al estado eclesiástico, y á él se atribuye la fundacion de la universidad y biblioteca de Oxford. Volvieron á erigirse por do quiera las iglesias y monasterios destruidos por los Daneses, y cuidó de enviar misioneros á las campiñas que propagasen suavemente en toda la Inglaterra la influencia de la religion cristiana.

Llevados los Ingleses de su admiracion por Alfredo el Grande, se han complacido en atribuir á su reinado un gran número de bellas y útiles instituciones, que creadas ya paulatinamente antes de él, recibieron sin duda en su tiempo completa perfeccion. Desde el reinado de Alfredo vemos la Inglaterra dividida en condados y centurias ó cantones, en comunidades y en familias, y todo individuo estuvo obligado á colocarse en una de estas divisiones so pena de ser tratado en caso contrario como vagabundo y proscrito. La promulgacion de leyes comunes y la administracion de justicia por el *jurado*, compuesto de los principales gefes de familia, por el consejo del condado y el tribunal del rey, establecieron tal órden y policia en el reino, que el viajante podia, dicen, dejar colgado un brazalete de oro en los árboles del camino sin temor de que lo hurtaran los pasajeros.

Alfredo acababa de proveer á la defensa de las costas construyendo gran número de buques veleros, cuando le atacó la muerte á la edad de cincuenta y tres años (901). Por desgracia su obra de regeneracion, como la deCarlo-

magno, feneció con él. Pero por lo menos la gloria de su reinado y la energía de sus medidas pusieron por mucho tiempo á la Inglaterra al abrigo de los ataques de los enemigos exteriores.

En el décimo siglo, apenas fue turbado el reino sino por ciertas contiendas intestinas y por algunas guerras contra las poblaciones de Escocia. La mayor parte de los sucesores de Alfredo, á ejemplo de *Eduardo el Anciano*, se esforzaron en resguardar el país de toda invasión, construyendo plazas fuertes, aumentando las flotas y diciplinando el ejército; y bajo el reinado de *Edgar el Pacifico*, el país de Gales, la Escocia y hasta la Irlanda se sometieron á la supremacía de la Inglaterra. En la misma época, el monge san Dunstan, severo censor de la depravacion de las costumbres, había recorrido la Inglaterra, reformando las órdenes religiosas y restableciendo la doctrina eclesiástica en su pureza.

A los sesenta y ocho años despues de la muerte de Alfredo, y en el reinado de Etelredo II (978-1014) volvieron los Daneses á empezar sus ataques. Suenon y Olaf, reyes de Dinamarca y de Noruega, obligaron á los Ingleses á rescatar su libertad aprontando un impuesto llamado del *Danegeld* (dinero de los Daneses); Etelredo intentó eximirse de él mandando asesinar á los Daneses establecidos en sus estados (1003). Una espantosa invasion vengó tan horrible perfidia. Las ciudades fueron incendiadas, las poblaciones degolladas en las iglesias donde buscaban asilo; en fin el mismo Etelredo fué arrojado de Inglaterra, y Suenon se apoderó de su corona (1014). La nueva dinastía dió un príncipe ilustre á la Inglaterra, *Canuto el Grande*, hijo de Suenon, quien reinó simultáneamente en la Escandinavia y en la Gran Bretaña. Su matrimonio con la viuda de Etelredo, el restablecimiento de las leyes de Alfredo y la suavidad de su gobierno, le atraieron el afecto de los vencidos y de los vencedores; los Ingleses marcharon á sus órdenes para emprender la conquista de la Noruega. Canuto orgulloso de su poder tomó el título de *emperador del norte*, de rey de los reyes. El papa á quien visitó en peregrinacion, y Conrado emperador de Alemania, solicitaron su amistad. Al morir dejó tres coronas á sus hijos, Suenon, Hardi-Canuto y Haroldo. Pero estos príncipes guerrearon encarnizadamente entre si por espacio de

seis años, y ocurrida la muerte de los dos últimos y la retirada de Suenon á Dinamarca, el cetro salió de las manos de la dinastía Danesa. Volvió á subir al trono la antigua raza sajona en la persona de Eduardo el Confesor. Este príncipe, educado en Normandía, introdujo en sus estados el idioma, los hábitos y las costumbres de los Normandos franceses: su admision á los cargos civiles y eclesiásticos preparó la conquista que se consumó bajo el reinado de su sucesor. (V. cap. X.)